

S a m u e l A . L i l l o

Bajo la Cruz
d e l S u r

P o e m a s



N a s c i m e n t o



Samuel A. Lillo

Bajo la Cruz del Sur

OBRAS DEL AUTOR:

- Poesías*.—Un volumen. 1900.
- Antes y Hoy*.—Poema. 1905.
- Canciones de Arauco*.—Un volumen, 1908. 4.^a ed., 1917.
- Chile Heroico*.—Un volumen, 1911. 2.^a ed., 1917.—Poesías premiadas en los certámenes del Centenario. (Santiago y Valparaíso).
- La Concepción*.—Poema, 1911. 2.^a ed., 1911. Premiado en el certamen del Centenario. (Consejo de Letras).
- La Escolta de la Bandera*.—Poema, 1912.
- Canto a la América Latina*.—1913.—Primer premio en los Juegos Florales de Tucumán. (Rep. Argentina).
- Canto a Vasco Núñez de Balboa*.—1914.—Primer premio en el Concurso del Consejo de Instrucción Pública.
- Canto Lírico a la Lengua Castellana*.—1916.—Primer premio en los Juegos Florales Cervantinos de Valparaíso.
- A Isabel La Católica*.—Canto heroico premiado con la Flor de Oro en los Juegos Florales de la Raza. (Concepción, 1916).
- Bajo la Cruz del Sur*.—Un volumen, 1926.
- Literatura Chilena*.—Un volumen, 1918. 4.^a ed., 1925.

PRÓXIMAS A PUBLICARSE

- Millaray*.—Poema nacional.
- España y Arauco*.—Un volumen, prosa.

S a m u e l A . L i l l o

Bajo la Cruz del Sur

P o e m a s



E d i t o r i a l N a s c i m e n t o
S a n t i a g o — C h i l e — 1 9 2 6

LOS PERROS DEL MAR

LOS PERROS DEL MAR

BAJO el dosel de un cielo sin luz y sin colores,
muy lejos de la ruta que siguen los vapores
que hienden atrevidos el hosco mar austral,
levántase una isla, cuyos flancos sombríos
golpean incesantes los oleajes bravíos
que, como un reto eterno, le arroja el vendaval.

En las zarzas y arbustos que cubren sus colinas,
enredan sus madejas las pálidas neblinas
que, desde el sur, le traen las ráfagas del mar.
En ella reinan sólo la soledad y el hielo
y reflejar parece con su tierra y su cielo
la tristeza infinita de un paisaje polar.

S a m u e l A. L i l l o

Cuando un día el capricho de un raro millonario vació sobre la playa del peñón solitario la manada de perros que traía el bajel, las bestias sacudieron los miembros entumidos y entre saltos alegres, carreras y ladridos, subieron por las faldas en sonoro tropel.

Junto a la exigua talla del gozquillo de alcoba, se erguía el porte altivo del noble terranova, y una huraña pareja de los dogos de Ulm con sus flexibles cuerpos saltaba junto al tardo paso de un majestuoso y enorme San Bernardo que subía callado por el agrio talud.

Los pastores de Escocia, los blancos perdigueros y los ágiles galgos y los rojos leoneros derramaban su nota pintoresca y triunfal por aquellas colinas tan tristes y tan solas que no oyeron más ruido que el rumor de las olas ni, en su comba, otros pasos que los del temporal.

Y cuando su cortina las sombras descolgaron, sin sus amos y amigos los perros se agruparon, aüllando de miedo frente a la inmensidad;

B a j o l a C r u z d e l S u r

y en la noche formaron sus lúgubres ladridos, con la voz de los vientos y con los alaridos dolientes de los mares, un canto funeral.

Pasaron varios días husmeando las marañas en busca de las ratas, lagartos y alimañas que fueron hasta entonces los dueños del peñón; y bajaron algunos las ásperas pendientes a romper en las rocas con sus férricos dientes la nacarada almeja y el recio caracol.

Y muchos sucumbieron en la ruda tarea de hambre y de fatigas, a otros la marea los envolvió en su manto de esmeralda y azur; y sus despojos fueron los que, por largos días, apagaron las ansias de las bestias sombrías de enflaquecidos vientres y de ojos ya sin luz.

Entonces, ya perdidas sus pobres esperanzas, entre mutuos recelos y sordas desconfianzas, la lucha por la vida sangrienta comenzó; y en aquellas tremendas cacerías salvajes al través de arenales, peñascos y boscajes, al golpe de los fuertes, el débil sucumbió.

S a m u e l A. L i l l o

Fué en vano que las hembras, coléricas e hirsutas, defendieran sus crías en las oscuras grutas donde el acantilado refugio les brindó: los famélicos machos las peñas escalaron y los tiernos cachorros con ansias devoraron delante de las madres que aullaban de dolor.

Un día que sacaron del mar los terranovas un cadáver desnudo, cubierto de algas y ovas, y alegres lo dejaron sobre el limpio arenal, corriendo descendieron de los cercanos cerros, en bulliente algazara, las bandas de los perros al banquete soberbio que les brindaba el mar.

El San Bernardo puso las manos en la helada carne del muerto, alzando la recia frente airada y, cual si fuera amigo del náufrago infeliz, con el lomo erizado, con los ojos ardientes, y en la entreabierta boca brillándole los dientes, la súbita embestida se preparó a impedir.

¿Qué pasó por la mente de aquella bestia brava que serena y resuelta la muerte desafiaba con el valor de un héroe y el ímpetu de un león?

B a j o l a C r u z d e l S u r

Tal vez recordaría cuando en el bosque alpino
libraba de los lobos al triste peregrino
que sacara del hondo ventisquero traidor.

Al llegar, la manada se detuvo jadeante
y miró con recelo la actitud del gigante
que, gruñendo, el ataque de la turba esperó.
Un mastín fué el primero que se lanzó al asalto
y luego los alanos en formidable salto
sobre él cayeron juntos, como un recio turbión.

Los mansos terranovas, cuyos robustos pechos
no son para las luchas, heridos y maltrechos,
en grupo se alejaron de la sangrienta lid;
mientras los otros perros en infernal concierto,
mezclando los despojos del defensor y el muerto,
en la playa empezaban el macabro festín.

Una banda de focas que con sus nuevas crías
iba al norte, dejando las verdes ondas frías,
se detuvo en las rocas del agrio litoral;

Y el mugir de las hembras y de los recentales guió luego, en las densas neblinas matinales, los pasos vigilantes del gran pueblo insular.

Mudos y sigilosos dejaron sus guaridas y, frente a la manada de focas sorprendidas, de súbito surgieron por el lado del mar, como si también fueran un rebaño marino que, cansado del hielo de su hondo camino, buscara las caricias del tibio sol polar.

Levantaron los machos inquietos la cabeza y las madres llamaron con gritos de sorpresa a sus hijos dispersos por sobre el roquedal; mas, retozando alegres, varios tiernos becerros se arrastraron confiados hacia los fieros perros desoyendo el prudente mugido maternal.

Elevaron las focas un fúnebre concierto que, chocando en las peñas, perdióse en el desierto del mar, como el bramido de un moribundo buey. Con su coro salvaje los perros contestaron y, como cien jaguares rabiosos, asaltaron a los grupos medrosos de aquella mansa grey.

B a j o l a C r u z d e l S u r

No fué aquel un encuentro de dos bandos contrarios
en que luchan iguales dos fuertes adversarios
que comparten las glorias y riesgos de la lid:
fué sólo una matanza: sirvieron de cuchillos
los afilados dientes y los largos colmillos
con que aferran sus presas el dogo y el mastín.

Junto a los gritos roncocos, salían de los piños
mugidos temblorosos como llantos de niños
o balidos de ovejas bajo la uña del león;
y en arroyos corría tibia sangre inocente,
que teñía de púrpura la ola indiferente
que en la ribera alzaba su serena canción.

Y pasaron los años, los hijos de los perros
ya no corrieron sólo por los abruptos cerros,
sino que se cambiaron en huéspedes del mar.
Y como ya las focas y los lobos marinos
de la isla olvidaron, medrosos, los caminos,
bajaron a las olas su presa a conquistar.

Y así como cobraron en saltos y carreras por ásperos peñascos y rápidas laderas, agilidad de pumas, dientes de jabalí, así les permitieron las largas cacerías de peces y cetáceos en las olas bravías, nadar como la foca, saltar como el delfín.

Y cruzaban las olas en pos de las toninas o tras de los cardúmenes de plateadas sardinas que anuncian la gaviota y el saltador jurel; y a veces, escondidos detrás de algún islote, esperaban el paso de un negro cachalote y, como hambrientos pumas, se lanzaban sobre él.

Entonces se trababan esos combates fieros en que fueron precisos más de cien Oliveros para tumbar al nuevo gigante Fierabrás, que, por sobre las olas revueltas y espumantes, lanzaba a coletazos, rotos y agonizantes, a los más atrevidos de los perros del mar.

Y en tanto unos herían sus remos colosales o hundían en su vientre con mordiscos mortales sus colmillos agudos, como hierros de arpón;

B a j o l a C r u z d e l S u r

otros en la cabeza del coloso trepados,
conseguían audaces, antes de ser lanzados
destrozarle los ojos de un zarpazo feroz.

Enloquecido entonces el cachalote ciego
se hundía en los abismos, pero surgía luego,
como buscando ansioso la ya perdida luz;
mientras que, descansando, la extenuada jauría
esperaba en las rocas el fin de la agonía
del monstruo que expiraba bajo la comba azul.

Y cuando retornaban hacia la isla triunfantes
los perros, arrastrando rojas carnes sangrantes
bajo la moribunda luz, el pálido sol
creía que pasaban bajo su palio de oro
fantásticos piratas, llevando su tesoro
sangriento hacia las grutas de algún negro peñón.

Perdido el rumbo, a la isla llega un barco lobero
que su agrio risco toma por murallón roquero
en que cada peñasco semeja un torreón

y contemplan sus hombres llenarse las alturas de unas enormes bestias de extrañas cataduras que lanzan a los vientos aullidos de furor.

Con sus ágiles cuerpos, sus cabezas salvajes, sus cuellos erizados y sus largos pelajes, tienen las apariencias del lobo y del león; y hay en aquellos hijos de dogos y mastines las fieras actitudes con que los paladines defendían las torres de su feudal señor.

Luego un denso tropel de bestias se desboca y, rápido saltando, baja de roca en roca hasta la blanca cinta del límpido arenal. En el linde de la ola páranse unos instantes y, alzando las hirsutas frentes amenazantes, a la voz de sus jefes al mar entrando van.

Las filas de los perros avanzan lentamente a los postreros rayos del tibio sol poniente con rumbo hacia el balandro que detenido está: parecen sus cabezas de múltiples colores mecidas por las olas, maravillosas flores que suben de los bosques fantásticos del mar.

B a j o l a C r u z d e l S u r

Un clamor formidable resuena en la ensenada
y raudamente estrecha su cerco la manada.
Sorprendida y medrosa la gente del bajel,
recoge los anclotes, da las velas al viento
y el barco se despierta; luego pesado y lento,
trota sobre las olas como un viejo corcel.

Mas las bestias hambrientas con sordos resoplidos
y saltos de cetáceos por el arpón prendidos,
de entre las verdes ondas surgen delante de él
y, agitando las aguas coléricos y fieros,
golpean los costados, arañan los maderos,
y rodean el barco del timón al bauprés.

Algunos, cabalgando las olas enarcadas,
clavan sobre la borda sus uñas afiladas
para subir de un salto sobre la embarcación;
mas al golpe del hacha, con las frentes abiertas,
aflojando las garras, caen las bestias muertas
dejando en las espumas un rojizo manchón.

Atrás quedan los perros, ya marcha el barco solo
con sus velas movidas por los vientos del polo
que dan al prisionero la ansiada libertad;

y pálidos y mudos, miran los pescadores
aquella mar tan llena de trágicos horrores,
donde tienen los monstruos una existencia real.

Y cuando en mar abierto, de nuevo el barco rueda
y, herido por los vientos, el negro islote queda
como un gigante erguido sobre la inmensidad,
al través de las sombras, oyen los tripulantes,
como gritos de náufragos sobre mares distantes,
los roncós aüllidos de los perros del mar.

EL TROFEO

A Ricardo Dávila (Leo Par).

EL TROFEO

LA gran selva araucana
silenciosa y obscura
como un inmenso mar nunca explorado,
dilataba sus ondas de verdura.
No habían resonado todavía
los hispanos tambores
debajo de su bóveda sombría,
y los batalladores
corceles de Valdivia y don García,
en raudas galopadas,
no habían escalado sus alcores
ni pisado el pastal de sus llanadas.

Cruzaban libremente los follajes
de los enormes bosques desolados
en el día, las bandas de salvajes,
entre el húmedo manto de sus brumas,
y en las noches, los tímidos venados
y las hoscas parejas de los pumas.

Al primer resplandor de la alborada
que alumbraba su ruta,
emprendió el joven toqui la jornada
hacia la inmensa selva que se erguía
al pie del Nahuelbuta.
Iba a adornar su espalda
con la áurea piel de un puma que solía
deslizarse en las noches por la falda
de la montaña umbría,
en busca de venados y de niños,
hasta la silenciosa toldería.

Alto, fornido, con la tez oscura,
curtida por el sol y por el viento,
ostentaba el cacique en su figura
la pronta agilidad de la serpiente,
la destreza del león y su bravura.

B a j o l a C r u z d e l S u r

Llevaba airoso sobre su alta frente
el regio trarilonco,
y el manto de guanaco, que flotaba
sobre sus anchos hombros, revelaba
a cada paso su robusto tronco.
En la cintura ornada
de un ceñidor, tenía
un hacha de combate fabricada
del duro pedernal que le ofreciera,
como un tributo, el bramador torrente
que bajaba de la alta cordillera.

Al subir la pendiente
tranquilo y arrogante,
con qué aire de confianza se apoyaba
sobre la enorme clava
que empuñaba su diestra de gigante!

A su fin ya tocaba la mañana,
cuando, al cruzar un claro en la espesura,
alzóse junto al toqui la figura
del rey de la montaña araucana.
Quedáronse mirando frente a frente:
la fiera sorprendida,

echada sobre el vientre, golpeando
las yerbas con su cola febrilmente
y el salvaje impaciente,
blandiendo en alto la pesada luma,
esperando la súbita embestida
del formidable puma.

Dió el indio algunos pasos
en son de desafío y bruscamente
lanzó a los vientos su clamor de guerra,
a cuya voz potente,
llenas de asombro y de pavor, temblaron
las aves y las bestias de la sierra.
Recogióse el felino tembloroso
y, erizando el rojizo
pelaje de su lomo, silencioso
cayó sobre el cacique de improviso.
El guerrero al instante
echóse listo a un lado
y la bestia pasó por su costado,
como un enorme proyectil silbante.
Aizó el toqui la mano
y blandió el arma en ademán guerrero;
mas el golpe fué en vano

B a j o l a C r u z d e l S u r

y resonando se enterró el madero
en la temblante tierra humedecida
que al recibir el choque sobrehumano,
gimió también, como otra bestia herida.

Y cuando nuevamente
el cacique se erguía con su clava,
el cuerpo de la fiera traidora,
como una enorme roca aplastadora,
vino a caer sobre su espalda brava.
Y los dos adversarios reunidos
en un mortal abrazo,
rodaron revolviendo los herbajes,
en tanto que a los gritos y aullidos
que, en confusión extraña,
arrojaban sus cóleras salvajes,
vibraba estremecida la montaña.

Al sentirse arrastrado en la caída,
el guerrero anhelante
prensó con sus dos manos poderosas
el cuello de la bestia enfurecida
que se agitó con locas convulsiones,
en tanto que, sangrientas y rabiosas,

sus garras le rompían las espaldas
con rudos apretones.

Y cuando los rugidos
se tornaron en sordos
y roncós maullidos,
el arma desprendió de su cintura,
alzó el robusto brazo con presteza
y con mano segura
le partió de un hachazo la cabeza.

Brillante la mirada,
tinto en sangre, el valiente
irguióse alegremente
sacudiendo la testa enmarañada.
Embriagado en la sangre y en la gloria,
puso el pie sobre el cuerpo del caído,
pero al alzar su canto de victoria
que resonó vibrante,
sordamente cayó sobre el vencido
que en la última torsión de la agonía,
aún levantó la zarpa amenazante
en actitud bravía.

B a j o l a C r u z d e l S u r

Mas luego el héroe se incorpora y abre
con su afilado pedernal el vientre
de la bestia expirante
y, hundiendo el rostro en la entreabierta herida,
bebe la tibia sangre abominada
que brota de la entraña palpitante,
como una roja fuente desbordada.

Y erguido triunfalmente quedó el toqui,
como el gigante roble araucano
que más brioso eleva
el airón de su casco soberano
sobre los empinados montañosales,
cuando siente llegar la savia nueva
con que su tronco vencerá mañana
las iracundas ráfagas australes.

Y cuando el sol doraba
con sus luces postreras
la diadema de rocas altaneras
que corona la sien del Nahuelbuta,
orgullosa, apoyándose en su clava,
tomó el héroe la ruta
con rumbo al valle en que su tienda estaba,

S a m u e l A. L i l l o

y al bajar por el áspero faldeo
de la enriscada altura,
ondeaba en sus espaldas el trofeo
que arrebató a la fiera,
ante cuya fantástica figura
tantas veces tembló la tribu entera.

EN LOS MARES AUSTRALES

A Jorge Hübner Bezanilla.

EN LOS MARES AUSTRALES

LA piragua voltejeaba silenciosa
en la sábana brumosa
del abierto mar austral.
En la popa acurrucadas
dos mujeres, viejas hembras de salvaje,
desgreñadas,
con su aspecto melancólico y bestial,
ayudaban al oleaje
dando lentas paletadas
sobre el mar.

S a m u e l A. L i l l o

Un muchacho y un anciano, tan desnudos como ellas
con sus pieles andrajosas, con su arco y su carcaj,
inclinados sobre el bote,
como en busca de las huellas
de un perdido cachalote,
observaban anhelantes la desierta inmensidad.

Es que hacía muchas horas
que, en aquellas marejadas levantiscas y traidoras
que golpean sin cesar,
atisbaban del Estrecho los vapores
que endulzaban, con exóticos primores,
de sus mares la espantosa soledad.

Acudían, como niños, de los últimos confines
de sus ínsulas australes
a pedir para el alivio de sus días invernales
en que nunca luce el sol,
por sus pieles de huillines
y de lobos, algún saco
de tabaco
o algún frasco de alcohol.

B a j o l a C r u z d e l S u r

El muchacho fué el primero
que con su ojo de pirata costanero,
siempre listo, indagador,
vió de pronto en el océano anchuroso
dibujarse majestuoso
el contorno de un vapor
que, jadeante, pareció, al rasgar la bruma,
un caballo colosal
que, inundado por la espuma,
galopaba sobre el mar.

Resoplando, como bestia fatigada,
sobre la ola alborotada
pasó junto a la piragua a medio andar;
y a los gritos que arrojaban los salvajes insulares
dominando los rumores de la nave y de los mares,
se pobló de la cubierta el barandal.

Y aunque el ona, dando gritos sobrehumanos,
levantaba un haz de pieles en las manos,
no menguaron la carrera del bajel;
y en la borda los alegres pasajeros

y los rudos marineros
solo hicieron mofa de él.

Soltó el viejo su mezquina mercancía
y a la turba que reía
en su lengua apostrofó;
y entre sordos refunfuños
apretó los negros puños
y hacia el barco los mostró.

Un marino entre la alegre algarabía
arrojole una vacía
botijuela de coñac
que, rompiéndose en la proa
de la mísera canoa,
cayó al mar.

Ante el golpe, con fiereza
el muchacho la cabeza,
como un lobo sorprendido, levantó,
e irritado,

B a j o l a C r u z d e l S u r

armó el arco que llevaba a su costado
y una flecha contra el buque disparó,
que al chocar contra la dura
armadura
del gigante, inofensiva en el oleaje
rebotando se perdió,
cual los fieros ademanes del salvaje
y sus gritos de furor.

Sobre la ola rauda, airoso
va el vapor
con su rítmico galope sonoro,
con su crin que al viento ondea
desde su alta chimenea
y su porte
majestuoso, rumbo al norte,
a los mares alumbrados por el sol.

Y cual punto ya borroso,
bajo el cielo gris, brumoso
que parece que cayera sobre el mar,
vuelve el bote entre los negros oleajes

S a m u e l A. L i l l o

a los lúgubres parajes
donde el sol es como un cirio funeral.

LA BOROANA

A Agustín Cannobbio.

LA BOROANA

SU rostro hermoso,
fresco y carnosos,
como una poma del manzanal,
no ha conocido más que el riachuelo
color de cielo
que junto al rancho cantando va.

Palpita bajo su piel dorada
en fresca oleada

la sangre mansa de un holandés,
junto a la roja sangre caliente
de algún valiente
cacique, nieto de Tucapel.

Atado en trenzas, lleva el cabello
que es recio y blondo con un destello
de aureo metal,
y sus pupilas grandes, verdosas
son como inquietas y misteriosas
olas de mar.

Sobre las combas altas del seno
redondo y pleno,
cruza las puntas de su mantón;
y cuando el viento su extremo vuela,
con ambas manos riente vela
los tiernos lirios en floración.

Su paso firme; su pie desnudo
es ancho y rudo,

B a j o l a C r u z d e l S u r

hecho a la espina del matorral,
y por el lado que queda abierto,
sus fuertes piernas al descubierto
deja el chamal.

Fría y huraña,
es desconfiada como alimaña
que su bosque nunca dejó;
y su alma rústica tiene pudores
como las flores
que el caliz cierran si quema el sol.

Ningún osado
llega al cercado
en donde, a veces, está de pie
arisca y ruda,
aquella estatua de piedra muda
que el caminante pasando ve.

Hace ya tiempo que en los rastrojos
muy poco luce sus verdes ojos

la boroana de mi canción:
es planta rara que hoy sólo brilla
como en la alfombra de la murtilla,
un liuto en flor.

Por eso ¡oh! bardo, cuando tú pasas,
a esta hija triste de opuestas razas
ya no ves hoy:
como un rebrote de sangre extraña,
se va perdiendo con la montaña
que en sus doseles la cobijó.

LA HAZAÑA DEL CACHORRO

A Eduardo Barrios.

LA HAZAÑA DEL CACHORRO

ERA hermoso y fornido
el hijo del cacique de la tierra
sin traba alguna en el boscal criado,
tan fuerte y atrevido
cual las bestias hambrientas de la sierra
que bajan hacia el llano,
y tan suelto y ligero
como el raudo huemul cordillerano.

S a m u e l A. L i l l o

Nació para caudillo: desde niño,
soñando con quiméricos trofeos,
guiaba a los muchachos
que, en pintorescas turbas bulliciosas,
corrían por quebradas y faldeos
en pos de los guanacos y raposas.

Con ansias de pelear, subía a veces,
como ardilla salvaje,
por los más altos robles y cipreses
a luchar cuerpo a cuerpo en el ramaje
con los gatos monteses.

Y sin temor, cruzaba los torrentes
de la sierra bravía
con la onda amarrada a la cintura
hacia el rincón de la montaña oscura,
donde el puma famélico *rugía*.

Al partir los guerreros,
llamados por sus roncocalacos,

B a j o l a C r u z d e l S u r

a las rudas campañas
contra los misteriosos extranjeros
que, hacia tantos soles,
llenaban las montañas
con el ronco estampido de sus rayos
y el fragor de sus épicas hazañas,
quedó el muchacho mustio y pensativo
contemplando la brava caravana
que ya tras de los montes se perdía,
mientras con nuevos ímpetus latía
impaciente su sangre araucana.

Por su faz bronceada
pasaba una iracunda llamarada
al ver que, confundido con los niños,
lo dejaban las bélicas legiones,
como, al ir por la noche tras los piños,
dejan a sus cachorros los leones.

A pesar de su ardor y fortaleza,
cuán lejana miraba todavía
la épica proeza

que la tribu a los mozos exigía
para ceñirles, en la frente fiera,
el rojo trarilonco de los toquis
que a guerrear iban por la vez primera.

Una noche en que el pálido creciente
de la luna aclaraba suavemente
la sombra del paisaje,
vió que descendían silenciosos
por la falda del áspero lomaje,
en dirección al próximo bajío,
dos seres misteriosos,
mezclas de hombre y de animal bravío.

Pasaron cerca del laurel umbroso
entre cuyas erguidas ramazones
iba a esperar ansioso
la vuelta del ulmén y sus legiones,
y, sobre el ala del nocturno viento,
llegó a su oído el sonoro acento
de un nuevo idioma musical y extraño.
Vió sus cuerpos membrudos

B a j o l a C r u z d e l S u r

unidos en conjunto tan bizarro
con las enormes bestias que montaban,
que luego comprendió que eran los rudos,
feroces capitanes,
descendientes de dioses vengadores,
que, de suelos lejanos,
venían, escalando los volcanes
y salvando los ríos sonadores,
a luchar con los toquis araucanos.

Recordó lo que hablaron los heraldos
que corrieron la flecha ensangrentada,
símbolo del reclamo de la tierra,
y sintiendo nacer en su alma airada
el ímpetu que hiciera a sus hermanos
marchar hacia la guerra,
deslizose del tronco
y, como una serpiente que se asoma
para atisbar su presa,
entre el pastal ondeante de la loma,
avanzó cuidadoso la cabeza.
Luego puesto de pie sobre el collado,
extrajo del zurrón de su costado

un enorme pedrusco
que, con su honda certera
y su empuje viril, lanzó zumbando
sobre los que bajaban la ladera.

Sintióse un ruido de metal sonoro
cual si golpeará el sílex de una lanza
una plancha de oro,
y luego de una de las dos siluetas
brotó una fulgurante chispa roja,
como aquellas inquietas
aves de luz que, en noches invernales,
Pillán airado sobre Arauco arroja,
al par que un sordo y formidable estruendo
como un trueno sonante,
brotó desde la falda y fué subiendo
las abruptas pendientes comarcanas
hasta el risco más áspero y distante
de las vírgenes selvas araucanas.

Sobrecogido, el mozo
sintió en su pecho rudo

B a j o l a C r u z d e l S u r

el pavor que produce lo extrahumano, pero, venciendo su emoción, sañudo continuó disparando a las figuras sus pesados guijarros que sonaban, chocando en las ferradas armaduras, como enormes granizos que bajaban saltando de las lóbregas alturas.

Entre tanto, los monstruos se quedaron inmóviles, mas luego bruscamente entre ruidos de hierros se agitaron y por la agria pendiente, volviendo grupas, a subir tornaron. Mas de improviso un pedernal certero dió violento en la frente del monstruo delantero y el jinete y la bestia alborotada, en tumultuosa confusión, rodaron por la rápida cuesta enmarañada; y en las turbadas frondas se escucharon crujir de ramas, voces ahogadas y sonar de armadura

S a m u e l A. L i l l o

y después el rumor de las pisadas
que bajaban con rumbo a la llanura.

Cuando reinó el silencio en el paraje,
el niño descendió por la ladera
y apartando el ramaje,
vió brillar a los rayos de la luna
una lanza guerrera
sobre el jaral caída.
Blandióla con fiereza
y la llevó a la tribu sorprendida,
como el botín de su primer proeza.

Ya ungido como toqui, una mañana
le colocaron en la frente ufana
el rojo trarilonco de combate.
Dijo adiós a los viejos de su tierra
y, empuñando su lanza castellana,
ebrio de orgullo, se marchó a la guerra.

EN LA TIERRA
DE LOS VOLCANES

A don Ricardo Valdés

EN LA TIERRA DE LOS VOLCANES

SENTADOS sobre un banco de la vieja posada, los viajeros oímos la leyenda ignorada del viejo campañista. Bajo los robledales y las tupidas murtas, cantaban los raudales de la verde corriente del Rahue sonoro que, con sus notas graves, abría el silencioso santuario de la tarde, mientras sobre el bosque frente de nosotros, como el rey del paisaje, humillando altanero las sierras del contorno, alzábase el penacho del gigantesco Osorno.

Con su sombrero aludo, doblado el poncho al hombro,
hablaba el campañista, despertando el asombro,
de los oyentes, mientras, como un fiel compañero,
se apoyaba en sus piernas un gran perro leonero.

El cuento de ese día no fué cual los sentidos,
legendarios poemas, en donde los bandidos
y los nuevos colonos hacíanse la guerra
y feroces luchaban por esa virgen tierra:
fué sólo una sencilla, pero doliente historia
que más de algún viajero guardóse en la memoria:

«Era yo entonces joven, el amor con su halago
me alegraba la vida. Cruzando un día el lago
sin desconfianza fuimos a colgar nuestro nido
en el verde faldeo del gigante dormido.
¡Qué hermosa era la puebla que el buen patrón nos
diera!]

reinaba en ella siempre la alegre primavera:
floreçían las murtas bajo los manzanales
y junto a los copihues, creçían los rosales
y la tierra caliente, fecunda y olorosa,

B a j o l a C r u z d e l S u r

parecía un regazo de madre cariñosa
que hasta entibiar lograba las recias ventolinas
que del lago subían a besar sus colinas.

Allí nació mi hija rubia como el trugal
maduro que se dora bajo el sol estival;
sus ojos, que se abrían en un ensueño vago,
eran hondos y azules como su amigo el lago
y había en sus mejillas tan frescas y tan sanas
el color y el perfume de olorosas manzanas.

Recuerdo aún el cuadro con íntima emoción
cuando tras las faenas llegaba en mi trotón:
con el cabello suelto, con la tez encendida,
corría falda abajo sintiendo mi venida.
La tomaba en mis brazos, puesta en mi delantera
iba alegre como una cotorrilla parlera
hasta que al fin su madre, con dulces embelesos,
al llegar, la cubría de caricias y besos.

Pasaron varios años sin que nuestra serena

vida fuera turbada por la más leve pena, a pesar de que el monstruo se agitaba dormido lanzando en las honduras pavorosos ronquidos y sacudiendo el rancho, como una débil tienda. Recordaba yo entonces la indígena leyenda en la cual el gigante, rasgando el níveo manto, por el campo esparciera la ruina y el espanto y, ornando con un nimbo de fuego su alba frente, entre piedras y llamas, arrojó de repente horribles aullidos que los cercanos cerros en coro repitieron, como furiosos perros. Y por eso los indios entre sustos y afanes llamaron esta tierra, Tierra de los volcanes.

Avisos agoreros turbaron las tranquilas conciencias campesinas: florecieron las quilas; descendieron poblando los bosques de rumores famélicos tropeles de enormes roedores; inundaron las huertas de valles y de llanos oleadas de hormigas y enjambres de gusanos en tanto que los mares dejaban en los riscos, varados los cadáveres de peces y mariscos.

B a j o l a C r u z d e l S u r

Un día en que nervioso llenaba mis faenas, sentí como el siniestro zumbir de cien colmenas que fué creciendo pronto, semejante al oleaje que golpeará las peñas de una costa salvaje. Después de breve tregua, caravanas de carros invisibles molieron los ásperos guijarros y, como si subieran en misteriosos vuelos, con roncadas explosiones asordaron los cielos.

A los montes cercanos, inquieto alcé los ojos y ví al Calbuco oculto por nubarrones rojos y mientras lo miraba, su cumbre entre la bruma, partida en dos, alzóse, cual la boca de un puma abierta hacia la altura, lanzando por instantes entre ardientes resuellos, torbellinos llameantes.

Y ascendió desde el cráter un humo negro y denso como el tronco de un roble con un ramaje inmenso que se abrió en las alturas; mas como si cesase la fuerza impulsadora, se tronchó por su base el tronco de repente, y el ramaje un momento pareció una bandera movida por el viento.

Como si alguna mano turbara ocultamente en las profundidades su linfa transparente, grandes manchones de agua cenagosa y oscura emergían a trechos del lago en la llanura, y los barcos ocultos en la mansa ensenada ya no se aventuraban en la onda alborotada.

Tiñóse el firmamento de matices verdosos, la luz palidecía, los pájaros medrosos, revolando en bandadas, buscaban un asilo en el rincón más hondo del bosque tranquilo o entraban en los ranchos piando tristemente, como pidiendo auxilios a la miedosa gente.

Pensé en mi hogar querido tan cerca del volcán, y, silbando a mi perro, montado en mi alazán, con rumbo a la montaña por la agria carretera que va bordeando el lago, partí en veloz carrera; pero rauda una nube caminaba sombría a mi encuentro, cambiando ya en noche el mediodía y semejava una ave gigantesca que abriera sus negras alas para cubrir la tierra entera.

B a j o l a C r u z d e l S u r

Pasaba en la penumbra como una tolvanera que aumentaba el espanto sobre la carretera. Cruzaban las mujeres con los niños en brazos, llenando con sus gritos quebradas y ribazos y, en la vera del bosque, relinchos y balidos anunciaban los piños de animales perdidos.

De súbito, en carrera loca, desenfrenada ví bajar por la falda del monte una manada de caballos que, llenos de un pavor sobrehumano, en tropel descendían temblorosos al llano. Con impetuosos bríos, las bestias espantadas se detuvieron frente de las alborotadas olas del turbio lago, mas rápidas volvieron las grupas y con roncós relinchos ascendieron de nuevo a la montaña, golpeando los peñascos con el redoble claro de sus sonoros cascos.

A la luz de los rayos que echaba la montaña, hallé por fin la senda que guiaba a mi cabaña. Al subir por la falda, jadeaba cansado mi valiente caballo y en mi pecho angustiado

sentí también muy luego como una ansia creciente al respirar el polvo de la ceniza ardiente.

Y en esa horrible noche ya casi sin sentido, no supe ni siquiera cuando desvanecido hizo el postrer esfuerzo mi pobre compañero y, doblando las manos, cayó sobre el sendero. Cuando cobré el dominio de mi cuerpo maltrecho, encontréme tendido sobre un mísero lecho: mi perro generoso, que aún lamía mis manos, despertó con su ronco ladrido a los ancianos de aquella pobre ruca que, con amante prisa, me quitaron la espesa mortaja de ceniza, su lecho me cedieron y con tanto cariño me velaron el sueño como si fuera un niño.

Cuando salí impaciente, como un crespón de duelo, ocultaban las nubes el claro azul del cielo; los árboles plumizos semejaban canosos ancianos que doblaban sus músculos nudosos; parecía que el campo por el dolor herido en una sola noche hubiera envejecido.

B a j o l a C r u z d e l S u r

Muerto sobre el camino, con el cuello estirado
en el postrer esfuerzo de su cuerpo gastado,
estaba mi caballo, mi noble compañero,
que, más que un hombre amigo, me dió su ser entero
y cuyo corazón tenía algo de humano
cuando buscaba el mío con cariño de hermano.

Seguido de mi perro, montando un caballejo
que generosamente me cedió el pobre viejo
ascendí vacilante por la montaña mustia,
el alma poseída por una cruel amgustia.

Mi puebla antes alegre callaba como muerta:
quebrados los manzanos y guindos de la huerta,
sepultados los cuadros de flores y hortalizas
bajo un espeso manto de lodo y de cenizas,
y en el paraje donde se alzara antes mi nido
sólo un montón de escombros que el perro enardecido
a remover se puso ladrando tristemente.
Así escarbé lo mismo la tierra locamente
y encontré los dos cuerpos: la madre contra el pecho
aún oprimía a su hija con un abrazo estrecho,

como si defenderla todavía pudiera
entre las convulsiones de su angustia postrera.

Arreglé los dos cuerpos en la cabalgadura
y, tirando la bestia, retorné a la llanura.
Rompió sus cataratas el cielo despiadado
sobre el mísero grupo que bajaba callado;
al golpe de las aguas trocóse de repente
el lecho del camino en un turbio torrente,
cuyas ondas revueltas corrían impetuosas
azotando con furia mis piernas temblorosas.

Bamboleábase a ratos al paso vacilante
del caballo la muerta, vuelto arriba el semblante;
yo contemplaba mudo con doloroso espanto
correr sobre su rostro la lluvia, como un llanto
callado que brotara de sus ojos abiertos,
que aun guardar parecían, en sus cristales muertos,
las horribles visiones que esa noche sombría
a atormentar vinieron su bárbara agonía.

B a j o l a C r u z d e l S u r

El perro aulló en la noche rasguñando las puertas del rancho en que velamos a las miserables muertas. Después que las sacamos con rumbo al cementerio, oyose varias noches, en medio del misterio de las calladas sombras, su trágico alarido que sonaba en los campos, como el triste gemido de alguna voz humana, ronca y atormentada, que sollozara el nombre de una persona amada.»

Al sonar la postrera frase del campañista, inquieto clavó el perro sobre su amo la vista y al sentir sus sollozos, irguióse de repente y vuelto a la montaña, lanzó un grito estridente, un aüllido fúnebre que, bajando hacia el río, repercutió en los montes y alarmó al caserío. Después oyose sólo del Rahue la corriente que hacia el mar caminaba cantando dulcemente.

EL ROCE

EL ROCE

SELVA de mi patria amada,
bajo cuya amplia enramada
tantas veces me dormí,
tras la quietud y el descanso
que me brindó tu remanso,
otra vez vuelvo hacia ti.

¿En dónde están la verdura,
las sombras y la frescura

de tu encantado vergel?
Lo saben las ígneas rachas
y los filos de las hachas
que te golpearon ayer.

¡Oh! bosque de la frontera
que bordabas la ribera
del legendario Imperial,
bosque amigo, ya no subes
a besar las blancas nubes
con tu cúpula triunfal.

Y tú, rey de la montaña,
¡oh! río, viste sin saña
tu selva desaparecer,
sin desbordar tus corrientes
sobre las llamas ardientes
que te abrasaban los pies!

Y hoy, de nuevo, en lontananza,
el roce surge y avanza

B a j o l a C r u z d e l S u r

sobre el último torreón
que le opone todavía
la salvaje serranía,
donde nunca penetró.

¿Quién su cólera domina?
cuando sube la colina
en chispeadora espiral,
o baja por la pendiente
como una avenida hirviente
que salta sobre el jaral?

Corre con loca presteza
sobre el musgo y la maleza
y estalla en el matorral,
incendiando los breñales
y los rojos copihuales
con sonoro crepitar.

En vano, en el bosque umbrío,
quiere oponerse a su brío

el espeso robledal
con las soberbias murallas
de sus troncos y sus vallas
de quilas y de zarzal.

El monstruo llega y devora
la quila y la trepadora
que sus redes le tendió;
y luego alza formidables
sus cien lenguas insaciables
hacia la alta ramazón.

Y sus vivas llamaradas,
como serpientes airadas,
subiendo a los troncos van,
y al llegar arriba, presto
cambian cada roble enhiesto
en un rojo luminar.

Salta del hondo boscaje,
erizado su pelaje

B a j o l a C r u z d e l S u r

de miedo y cólera, un león
que, dando roncós bufidos,
entre los troncos prendidos
pasa como una visión.

Bambolean los colosos
del monte a los ardorosos
golpes del ígneo turbión;
los más viejos van cayendo
llenando el bosque de estruendo,
cual si pasara un ciclón.

Torbellinos de humo denso
que semejan el inmenso
resoplido de un volcán
que bosteza hacia la altura,
van marcando en la espesura
la caída de un titán.

Cuando al fin se extingue el fuego,
indiferente, el labriego

mira el muerto robledal,
que, con sus troncos quemados,
cual negros brazos crispados,
parece al cielo clamar.

Las aves, sin el amigo
que les dió sombra y abrigo,
se van para no volver:
y no hay sobre el yermo ardiente
ni un zorzal ni una doliente
torcaza de rojos pies.

Y allá abajo, en la quebrada
desnuda y abandonada,
bajo el sol canicular,
agotada ya su vena,
sobre la cálida arena
muere el claro manantial.

LA HUIÑA

A Mariano Latorre.

LA HUIÑA

VÍCTIMA de la huiña, muerto sobre el otero
encontró el pastorcillo su pequeño cordero,
el que con sus retozos y su balar doliente
era todo el cariño de su vida inocente.
Tembló el niño de espanto, quedó su lengua muda,
y el corazón pinchado por una espina aguda
saltábale en el pecho, como una alondra loca
que quisiera escaparse por la entreabierta boca.

S a m u e l A. L i l l o

Como si en primavera sobre el follaje tierno
hubiera descendido la nieve del invierno,
para él no tuvo el campo ni pájaros ni flores;
arreboles, el cielo, ni la selva rumores;
y su alma soñadora, dulce y contemplativa
se hizo, desde entonces, hostil y vengativa.

Por el gato salvaje descuidó los apriscos
y corrió detrás de él por montañas y riscos.
Con el zurrón colmado de gruesos pedernales
y su honda preparada, cruzó los matorrales,
y armado con su arco, como fiera que acecha,
estuvo largas horas, lista la aguda flecha,
atisbando el ramaje del roble en la montaña
en espera paciente de la odiada alimaña.

Con boquis y correas entretejió sus lazos
que ocultó entre las yerbas de lomas y ribazos
y que todos los días, el pecho rebosante
de odio y de venganza, visitaba anhelante,

B a j o l a C r u z d e l S u r

Cuando abriendo las ramas, se acercó a la hondonada donde entre la maleza la trampa estaba armada, recogióse suspenso: presa por los brazuelos, la huiña amamantaba dos pequeños hijuelos.

Echada sobre un flanco, jadeante y oprimida, aun conservaba fuerzas para ofrecer su vida a los dos cachorrillos de alegres movimientos que sin saber bebían sus últimos alientos.

Al ver la bestezuela surgir entre el follaje al niño, enderezóse con un grito salvaje; el tirón de la cuerda la hizo caer de espaldas y en tanto los pequeños huían por las faldas, buscando un escondite bajo el pastal crecido, el animal exhausto, permaneció tendido.

Y allí estuvieron ambos mirándose un momento el niño sorprendido, la bestia sin aliento, clavando en él los ojos con tan triste mirada como si ya esperase los golpes resignada.

Había en los boscajes hondo recogimiento y los severos robles, mecidos por el viento, juntaban dulcemente sus frondas en la altura formando como un palio de paz y de ternura por sobre aquella madre, cuyo amor fué tan fuerte que venció los instintos y desafió la muerte.

Borráronse en el niño los rencores violentos y, escuchando tan sólo los nuevos sentimientos que en su alma se agitaban, alzó el armado brazo y de una cuchillada cortó el estrecho lazo.

Espantada la huiña sacudió la cabeza para hundirla de nuevo sin fuerza en la maleza; mas, pronto, vacilante, fué a echarse al pie de un tronco llamando a sus hijuelos con un gemido ronco.

Llegaron los pequeños alegres, retozones y con ansia cogieron los flácidos pezones y, mientras que cada uno leche y sangre bebía, maullando tristemente, la madre los lamía.

B a j o l a C r u z d e l S u r

Cuando salió el muchacho fuera de la espesura
el pecho le latía con íntima dulzura;
sentíase más ágil; qué fresco estaba el viento;
cuán verdes, las campiñas; qué azul, el firmamento,
y al pensar en lo hecho, sintió dentro de él mismo
la quietud que se siente al salir de un abismo.

De nuevo entraba al reino del bien y la belleza
y el amor a los seres y a la naturaleza
reanimábale el alma con su gran fuerza viva,
haciéndola, como antes, dulce y contemplativa.

EL VILLAGRÁN

EL VILLAGRAN

SI tú supieras hablar,
¡cuántas cosas nos dijeras
que han pasado en tus laderas
que besa el viento del mar!
¡Qué historias ha de guardar
tu altiva cumbre labrada
sobre la verde llanada,
como erguido centinela
que, firme en su puesto, aun vela
del viejo Arauco a la entrada!

Tú permitiste cortar
a los recios mocetones
sus afilados lanzones
en tu viejo colihuar,
y viste un día pasar,
enturbiando los cristales
de los sonoros raudales
que cruzan tus espesuras,
las imponentes figuras
de los aucas inmortales.

Por tus abruptos senderos,
embrazando sus broqueles,
subieron en sus corceles
de Valdivia los guerreros.
Treparon los caballeros,
llena el alma de fe viva,
sin sospechar que no iba
de ellos ninguno a volver,
ni el pie triunfante a poner
de nuevo en tu cumbre altiva.

Y cuando, en fiero ademán,
se lanzó por tu pendiente
contra Lautaro la hirviente
mesnada de Villagrán,
tú contuviste su afán,
y al empuje sobrehumano
del gran toqui araucano,
revuelto con sus bridones,
por tus altos farellones
rodó el bando castellano.

¿Qué se hizo la espesura
de la selva que velaba
tu fornida espalda brava
con sus mallas de verdura?
Te quitaron la armadura
como al vencido guerrero,
después del combate fiero,
despoja el rival sañudo
de su blasonado escudo
y su arnés de caballero.

Cuando yo te conocí,
barridas por los torrentes
invernales, tus pendientes
desnudas de árboles ví.
Y niño, entonces corrí
por tus hondas torrenteras
trocadas en carreteras
con murallones deshechos,
llenos de frescos helechos
con palios de enredaderas.

¡Cuántas tardes me senté
en tu cima sobre el trozo
de un viejo cañón mohoso
y en torno mío miré,
y, frente a mí, divisé
una pampa de cristal
que besaba el sol triunfal
y abajo, en el valle umbrío,
alfanje de plata, un río
sobre el oro del trigall!

B a j o l a C r u z d e l S u r

No hace mucho que cubrió
tu frente el bosque de pinos
que, en tus faldas y caminos,
mi padre antaño plantó;
Y en la selva que él formó
el alma ha vuelto a vagar
del viejo Arauco, y el mar
en la ola que revienta,
cual otro Homero, hoy le cuenta
tu heroica historia al pinar.

MARINA

MARINA

YACE al margen de un océano sombrío,
sobre inmensa y solitaria playa austral,
la caldera abandonada de un navío
que tumbara en el invierno el temporal.

Medio hundida en las arenas por el bote
de las olas, ante el pálido sol brilla,
como el cuerpo de algún muerto cachalote
que las aguas arrojaron a la orilla.

Está sola: de su barco destrozado,
cuya marcha con su aliento ella impeliera,
ya no ve ni el esqueleto sepultado
en la vasta soledad de la ribera.

Hace tiempo que ya el trágico esfumino
de las olas ha borrado las historias
que escribieron, a lo largo del camino,
en sus planchas encendidas, las escorias.

Verdes algas, como látigos enormes
de un gigante calamar, su lomo encierran,
y millares de moluscos multiformes
en sus frías parrillas hoy se aferran.

En lugar de las humeantes espirales,
la ancha boca de su rota chimenea
hoy devuelve borbotando los raudales
que le arroja en cada asalto la marea.

B a j o l a C r u z d e l S u r

El azote de la ola la estremece
y del fondo de su entraña rota y vieja,
se oye a veces ronco grito que parece
el gemido de una bestia que se queja.

Cada invierno que trascurre, como a un perro,
la sacude del océano el zarpazo;
pero, hincando sus tentáculos de hierro,
más se afirma victoriosa en el ribazo.

Sólo teme a la ribera blanca y muerta
y prefiere de las olas el golpear:
tal vez sueña que su barco se despierta
y con ella va a volver de nuevo al mar.

EL LAGO LLANQUIHUE

juntos con los otros ya muertos hermanos,
retemblar hicieron montañas y llanos.

¡Oh! lago tranquilo de espuma dormida,
como el mar, tu padre, también tienes vida;
como él, tienes alma que sueña y que siente
la dulce caricia, la cólera hirviente.

Si el viento te besa, no son tus oleadas
como las redondas, largas marejadas
que semejan torsos de mujeres, suaves
y ondeantes, que pasan rozando las naves:
al golpe del norte, tus olas no ruedan,
se engrifan y saltan, sus filos remedan
las hojas enhiestas de agudas cuchillas
que hieren las barcas en flancos y quillas.

¿Qué guarda en sus negros misterios tu abismo?
Tal vez la leyenda de algún cataclismo
en que pelearon, como los titanes,
olas turbulentas, lavas de volcanes.
Nadie ha conseguido sondear todavía
de tu honda Ensenada la gruta sombría;

B a j o l a C r u z d e l S u r

y aquél que en un tiempo lo intentara osado
aun duerme, en su lecho profundo, ignorado.

Y cuando más tarde quedaron calladas
de tus ígneos montes las bocas airadas,
sobre tus orillas en vez de las rachas,
se oyeron los golpes rudos de las hachas
de tus primitivos fuertes pobladores
que tus malezales cambiaron en flores
abrieron tus bosques y ornaron tus lomas
de trigales áureos y doradas pomas.

Los raudos vapores hoy surcan tus olas
llenando de vida tus montañas solas:
cuando el barco roza tu mansa ribera
lo besa la espiga de la sementera,
y se oye en la sombra de los manzanares
el zumbar sonoro de los colmenares;
y al oír los claros y alegres pitazos
que da el barco, bajan hacia los ribazos
suelos los cabellos y roja la tez,
lindas muchachuelas de rosados pies.

S a m u e l A. L i l l o

Adiós ¡oh! Llanquihue, adiós, dulce lago,
quien haya sentido ya el cándido halago
que esparcen en torno tus vívidas ondas,
tus pálidos cielos, tus playas y frondas,
no puede olvidarte, que hasta el alma fría
que nunca supiera lo que es poesía
se siente más joven, más fuerte y más pura
ante la belleza de tu amplia llanura.

EL CERCO DE LOS BUITRES

EL CERCO DE LOS BUITRES

DEJANDO los rincones de la agria serranía donde pasó el invierno, la manada volvía en busca de los llanos que calentaba el sol. Pasaban los rebaños, llenando los senderos de bullicio y de polvo, mientras que los arrieros con sus ágiles perros galopaban en pos.

Al cruzar una loma, se desplomó extenuada una de las potrancas, en tanto la manada

S a m u e l A. L i l l o

por la fragosa falda, corriendo descendió.
Quedó por algún tiempo sintiendo en la ladera
el ritmo sonoro de la veloz carrera
y al fin sobre las yerbas exhausta se durmió.

Cuando volvió del sueño sola y abandonada,
como el sonar lejano del río en la hondonada,
escuchó por los aires insólito rumor:
y vió una banda enorme de buitres carniceros
que, con roncós graznidos y revuelos arteros,
sobre ella desplegaban su negro pabellón.

Los vientos sosegados. El sol de mediodía
con su encendido manto de llamas envolvía
las lomas y las cumbres del áspero riscal;
y arriba desde toda la redondez del cielo,
cual si alguien los llamara, con su pesado vuelo
nuevos y nuevos buitres parecían brotar.

Se levantó espantada, los pájaros huyeron,
dando pequeños saltos; pero se detuvieron

B a j o l a C r u z d e l S u r

haciendo un ancho cerco que luego la rodeó;
y las aves gigantes con su plumaje oscuro
y sus alas abiertas, parecían un muro
que la vara de un genio sobre la loma alzó.

Trotó primero inquieta, después llena de miedo,
corrió dentro del círculo de aquel estrecho ruedo
y se detuvo al centro latiéndole el ijar;
y las aves hambrientas con sus ojos ardientes
moviendo el abanico de sus alas potentes
y estirando los cuellos, la miraban temblar.

Resuelta la cautiva lanzóse a la carrera
para romper de un golpe la formidable hilera;
pero aquel muro vivo la paró en su correr;
la envolvió un torbellino de garras y aletazos,
los ojos le saltaron con recios picotazos
y empolvada y sangrando cayó al suelo otra vez.

Y en tanto que en las sombras, ya casi agonizante,
oía de las aves el aletear triunfante,

un buitre silencioso de un salto se acercó;
y al abrir, ahogada por la sangre, el hocico,
con un súbito golpe del acerado pico,
como un sangriento harapo, la lengua le arrancó.

Al sentir los dolores tremendos de la herida
sobre las rojas manos alzóse enloquecida
y con sordos relinchos de cólera y pavor,
rociando con su sangre los oscuros plumajes,
en el último arranque de sus iras salvajes,
el cerco de los buitres con su pecho rompió.

Y cuando con las manos golpeando ya el vacío,
a correr se aprontaba por el agrio bajío,
tal como se abalanza sobre un potro un león,
así sobre su cuello saltó un buitre rampante
que, enredando las garras entre su crin flotante
en sus hinchadas venas el corvo pico hundió.

Y mientras que del buitre la figura sombría
aleteando en el cuello de lejos parecía

B a j o l a C r u z d e l S u r

el manto de un guerrero que el viento hacía ondear, desatentada y ciega, bajó por la pendiente, abriendo las malezas con la llagada frente, golpeando con sus cascos el suelto pedregal.

Mas luego sordamente se desplomó en el suelo; el ave, de entre el polvo, se levantó de un vuelo y la bestia al barranco rodando descendió. En el ribazo entonces parose la bandada y con bruscos revuelos y con ronca algarada, hacia el cuerpo sangriento famélica bajó.

Y cuando la cuadriga de sombras avanzaba desde los negros llanos hacia la sierra brava a borrar en las cumbres los besos de la luz, las bestias voladoras, ahitas y pesadas sueltas las negras alas, durmiéronse embriagadas de sangre en los peñascos del áspero talud.

LAS TONINAS

LAS TONINAS

AL abrir por las mañanas
el sol su roja pupila
sobre la linfa tranquila
del heroico golfo austral,
haciendo saltar la espuma,
cual grandes aves marinas,
desfilaban las toninas
junto al manso litoral.

Eran los raudos cetáceos,
retoños de los delfines
que, en los remotos confines
de otro mar y otra región,
en tropeles saltadores
escoltaron las galeras
en que iban tras sus quimeras
Vasco de Gama y Colón.

Sus abuelos levantaron,
en señal de desafío,
su arqueado lomo sombrío
que relampagueaba al sol,
cuando las olas de Arauco
desgarró con la cuchilla
de su cortadora quilla
el primer barco español.

¡Cuán graciosas las siluetas
de sus movibles figuras
que en las líquidas llanuras
rodadan sin descansar!

B a j o l a C r u z d e l S u r

Desde lejos semejaban
veloces carros de plata
que una alegre cabalgata
arrastraba sobre el mar.

En perenne movimiento
como la onda, su hermana,
a veces la banda ufana
se adelantaba a un bajel.
No la atajaban los soles,
la niebla ni la tormenta
y era la ola turbulenta
su preferido corcel.

Al anunciar las gaviotas
con su ronca algarabía
que algún cardumen venía,
se abalanzaban sobre él,
como una banda de lobos
hambrientos que persiguiera,
sobre la abierta pradera,
de algún rebaño el tropel.

Pero si en sus correrías
el enorme tronco a flote
de algún fiero cachalote
detenía al escuadrón,
los delfines sorprendidos
deshacían sus hileras,
como las aves viajeras
al chocar con un halcón.

Cuando entraban por los ríos
en las tardes del verano,
subiendo desde el oceano,
a jugar en el raudal,
al paso de sus figuras
y al rumor de sus aletas,
se estremecían inquietas
las aguas del pajonal.

Y evocaban en la orilla,
con las notas de su juego,
el viejo paisaje griego
que a Anfitrite vió pasar

B a j o l a C r u z d e l S u r

cuando, en medio de su corte
de tritones y sirenas,
iba a las tibias arenas
de las playas a jugar.

¡Oh! qué dichosas mañanas
en que, desde el arrecife,
saltábamos al esquife
en jubiloso motín!
¡Qué juvenil algazara
al comenzar la primera
cimarra de primavera
bogando tras de un delfín!

¡Cuántas veces, en la playa
que hasta el Tubul se dilata,
nuestra libre cabalgata,
con su raudo galopar,
aventajó en la carrera,
con bulliciosa alegría
a la banda que corría
sobre las olas del mar!

Hoy he vuelto, más no he visto
las toninas saltadoras
que me recuerdan las horas
lejanas de mi niñez,
horas veloces y gratas
que, frente al oleaje glauco
de mi viejo mar de Arauco,
no he de pasar otra vez.

La ancha playa está desierta,
las bandas de los delfines
se han marchado a otros confines
en donde asilo les den;
y así dispersos, como ellos,
abandonados y errantes,
hacia otros mares distantes
vamos bogando también.

EL PRESENTE DEL DIOS

EL PRESENTE DEL DIOS

DEL fondo revuelto del mar no surgía aun de los Andes la testa bravia, y en vez del Atlántico Océano undoso, alzábase un vasto país misterioso con montes y selvas, desiertos, praderas poblado de tribus salvajes y fieras.

Tras largas jornadas, un día a la oscura sierra que cortaba la enorme llanura

y cuya fragosa cúspide altanera
cubrían los bosques como una cimera,
se acercó la tribu, y hambrienta y cansada
acampó en la falda de su amplia enramada.

Caía la noche. Tendiéronse luego
sobre la maleza, sin luz y sin fuego.
Venían huyendo de los vendavales
que herían las tristes comarcas australes,
buscando las tierras en que el sol impera
en una perenne tibia primavera.

Marchaban resueltos cuando el sol salía:
él era su padre, su dios y su guía.
Y cuando entre rojos y dorados tules
bajaba a la línea de montes azules,
por sobre la tribu callada tendía
su fúnebre manto la melancolía,
y huraños y tristes miraban el llano
buscando el abrigo de un árbol hermano.

B a j o l a C r u z d e l S u r

¡Qué tristes las noches de la peregrina
tribu solitaria! La fría neblina
que enviaba a su encuentro la charca lejana
mojaba los miembros de la caravana.
¡Oh! noches sombrías. Cual sierpes arteras
por entre las yerbas rondaban las fieras
y al niño en el mismo materno regazo
raptaba una bestia con ágil zarpazo.
¡Oh! noches aquellas en que de repente
alzaban medrosos la húmeda frente,
oyendo los roncós gritos de los leones
o el sordo galope de los hipariones!

Moviéronse inquietos los humanos piños
y entre las tinieblas lloraron los niños.
Tocaban los vientos ásperas canciones
en el arpa vieja de las ramazones:
se oía en los aires un lejano estruendo
como si llegaran cien bestias corriendo:
el dios con su diestra de llamas abría
por mirar la tierra la nube sombría;
su vivo destello se hundía a lo lejos
dejando en el aire vívidos reflejos;

cerraban los hombres de miedo los ojos
temiendo del cielo los justos enojos;
mientras las mujeres, bañadas en llanto,
el rostro ocultaban aullando de espanto.

Un sordo estallido sonó de improviso,
alumbró las cimas un fulgor rojizo,
desgarrose el monte, se incendió el bosque
y la tribu loca bajó del paraje
y, presa de enorme pavor sobrehumano,
cual banda de lobos, se perdió en el llano.

Y cuando los mozos más bravos tornaron
la frente y por sobre la yerba miraron,
estaba el dios mismo, su testa que ardía
con rojos cabellos que el viento movía,
el llano alumbraba como antorcha inmensa.
Paróse la tribu confusa y suspensa
y, como si hubiese del dios escuchado
una voz secreta, volvió hacia el collado
el jefe resuelto y asiendo en la hoguera
un leño abrasado, bajó a la carrera.

B a j o l a C r u z d e l S u r

Con la marcha, el viento la rama encendía
y el salvaje un hijo del dios parecía.

Al verlo, los hombres con gozo y con miedo
formaron en torno de su jefe un ruedo.
Y cuando entibiaron su carne aterida
cerca de la hoguera por él encendida,
hacia el monte alzaron piadosos los ojos
y ante el dios clemente, cayeron de hinojos.

La tribu ya entonces no tuvo en sus marchas
temor de las lluvias ni de las escarchas
consigo llevaban el rojo arrebol
que les dió esa noche su padre, el dios Sol.
Y en tanto a la ardiente lumbre de los leños,
mecían las madres sus tiernos pequeños,
rodeados de mozos, los jefes ancianos
contaban leyendas de tiempos lejanos
cuando, entre las sombras de los campamentos
maullando rondaban los leones hambrientos.

LA RUCA

A Belisario Gálvez

L A R U C A

A la vera
de la angosta carretera
que atraviesa el robledal,
se alza triste una guarida
donde anida
el despojo de una raza secular.

Es la ruca de los aucas. Con su puerta
siempre abierta

a los hombres y a las ráfagas está,
como el pecho noble y sano
del gran pueblo araucano
siempre abierto para el bien y la verdad.

Fría y gris está la tarde. El fuego humea
parpadea
vacilante su llamear;
y en la entrada que da frente a la montaña,
como tímida alimaña
que escondiera la cabeza, duerme un can.

Listo y fiero,
es el ágil compañero
de los niños, y el pastor
del escuálido rebaño que del diente de la huiña
o de la ávida rapiña
de los huincas escapó.

Esparcidas por el suelo de la ruca, forman lechos
harapientos y deshechos

B a j o l a C r u z d e l S u r

sucias pieles de cordero y de león,
y una lanza enmohecida y ya sin dueño
duerme el sueño
del olvido en un rincón.

Un mapuche con su india y sus pequeños
velan cerca de los leños
encendidos del hogar.
Callan, mientras canta afuera
plañidera,
ronca estrofa el viento austral.

Como dulce melopeya
que recuerda de su raza la tristísima epopeya,
en la selva derribada canta y llora el Imperial,
y en la granja, que insolente
se alza al frente,
rie el amo que, hace poco, le robara su heredad.
¿En qué piensan sus figuras miserables y dolientes
cuando siguen con la vista indiferentes
de los troncos el inquieto crepitar?
Tal vez piensan, tal vez sueñan ignoradas

S a m u e l A. L i l l o

y quién sabe si cual bestias fatigadas
sólo miran sin pensar.

Y son ellos los postreros
descendientes de los ínclitos guerreros
que han dejado huella eterna bajo el sol:
son los mismos,
que agonizan en los lóbregos abismos
de la inercia y el alcohol.

Golpeando los guijarros, pasa ufana
frente al rancho la altanera caravana
de los huincas que regresa a la ciudad.
Ladra el perro, suena un tiro de repente
y la bestia vigilante, resoplando sordamente,
se desploma moribunda en el umbral.

Sobre el cuerpo ensangrentado
de su amigo, los huraños indiecitos se han echado,
como huérfanos cachorros, a llorar;
mientras sigue por la oscura carretera

B a j o l a C r u z d e l S u r

resonando desafiante la carrera
de la alegre cabalgata que se va.

AÑORANZAS

A don Juan N. Espejo

AÑORANZAS

CUANDO ¡oh! Lebu, llegué por tu río
a la hora en que suben los cuervos del mar,
aún sonaban los pasos del tercio de Arauco
que fundara tu escuela y tu altar.

Se agrupaban tus casas de claros colores
de la virgen montaña a los pies,
en tus huertos había verdor de renuevos,
y en tus calles, perfume de boldo y laurel.

¡Oh! qué tiempos aquellos! El bosque animaban los choroyes parleros y el grito del león, y en el Lebu apacible sonaban los remos de la lenta canoa de algún mocetón.

Desde la honda montaña bajaban en las tardes serenas de Abril, en silentes hileras, las balsas cargadas con sus altos castillos de ulmo y pellín.

Mas un día llegaron los barcos temidos esparciendo las llamas y el humo en redor, y robaron al bosque, y al agua, y al cielo para siempre sus sueños de paz y de amor.

Y marchóse la banda de cuervos, que antes en la orilla del río tranquila durmió, a pedir un refugio en la indómita selva a sus viejos amigos, los loros y el león.

B a j o l a C r u z d e l S u r

¿Qué se hizo tu verde montaña araucana
con sus rojos copihues, sus ulmos en flor,
con sus dulces panales de abejas silvestres
y su fresco raudal soñador?

En tus mudas quebradas no canta el chucao
sorprendiendo al viajero con su agria canción,
ni en los troncos golpea el vivaz carpintero
de plumaje enlutado y de rojo morrión.

Ya no cierran tus calles las suaves colinas
alfombradas entonces de murta y chequén,
por las cuales bajaba corriendo hacia el río
de los aucas costeños el raudo tropel.

Hoy su escarpa rojiza está llena de grietas
que abrió ayer la ambición
de los hombres que buscan la negra lignita
que, en sus fibras, aún guarda los rayos del sol.

EL PEHUEN

A Fernando Santiván

EL PEHUEN

CON su troncal erecto, con su perfil huraño,
símbolo de una raza que va a morir como el,
sobre las altas cumbres del viejo Nahuelbuta
levanta todavía su coronada sien.

Una actitud de reto finge su porte altivo,
mueve su grave testa viento de rebelión,
y se abren sus cien brazos de gigante como una
silenciosa protesta contra el huinca invasor.

S a m u e l A. L i l l o

Al verlo se comprende que sobre la montaña,
cual guarda de la raza, lo colocara Dios:
por eso le dió un tronco tan hirsuto y tan bravo
y armó sus recios ganchos con uñas de león.

Por eso todavía parecen por las tardes,
ante la vieja raza que duerme en el boscal,
sus rígidos ramajes, panoplias de venablos
teñidos con la sangre del gran Caupolicán.

Y al llegar el otoño, semejante a un cacique
que provee a la tribu para el tiempo invernal,
entreabre los estuches y el rojo fruto cae
en rítmicos chubascos al pie del piñonar.

Lo recogen de día las hembras resignadas
para llevarlo al rancho del toqui, su señor,
y lo buscan ansiosos, golpeados por el hambre,
a la luz de la luna, la raposa y el león.

B a j o l a C r u z d e l S u r

Mas cuando llegar siente los pasos de los huincas
y el hierro de las hachas mira brillar al sol,
se recoge en sí mismo, como una bestia esquivo
y envuélvese en sus piñas, como erizo, el piñón.

El sabe ya su suerte: la misma de la raza
que han derribado al golpe del alcohol y el puñal
por quitarle la herencia que sus heroicos toquis,
al morir, le legaron con su hazaña inmortal.

Y mañana, tumbado por el amo insaciable
que por robar sus frutos lo matará también,
junto con la postrera familia araucana
caerá en las montañas el último Pehuén.

JUSTA HEROICA

A Aurelio Díaz Meza

JUSTA HEROICA

ERA el corto verano de las tierras australes en el que los labriegos tras de los temporales de los largos inviernos helados y lluviosos, reciben en sus campos con semblantes gozosos las caricias del sol. De sus altas montañas habían descendido las indiadas hurañas del cacique Antihueno para sitiar la plaza legendaria de Arauco; mas ni con la amenaza ni aun con las astucias, habían alcanzado a vencer el coraje tantas veces probado

S a m u e l A. L i l l o

de los gloriosos hijos de Pelayo y el Cid
en los rudos encuentros de aquella heroica lid.

Al alba cada día, desde la empalizada,
tendían los sitiados ansiosos la mirada
por sobre la anchurosa llanura del oceano
en busca del socorro de Penco o Talcahuano,
y sólo divisaban del mar en los confines
las bandas juguetonas de rápidos delfines
que pasaban saltando sobre el mar agitado
con sus negras espaldas y su vientre plateado.

En repuesta a sus ansias, subían desde el llano
las roncas algaradas del bando araucano,
relinchos de corceles, sonidos de trutruacas
que ascendían mezclados al humo de las rucas,
mientras que los cultrunes con sus ásperas dianas
despertaban los ecos de las selvas lejanas.

Y llegaba a las veces casi al borde del foso
un mocetón soberbio sobre un corcel brioso

B a j o l a C r u z d e l S u r

a desafiar a voces al español valiente
que, saliendo del fuerte, peleara frente a frente
con quien en los combates más armas no llevaba
que su odio hacia los huincas, su lanzón y su clava.

Una tarde en que estaban ya los tristes sitiados
en el último extremo de hambrientos y extenuados,
vieron, desde lo alto de la vieja muralla,
que al fuerte se acercaba, formada ya en batalla,
la hueste de Antihueno. Traía un lenguaraz
con una rama en alto como en señal de paz.

A pie, con lentos pasos, apoyado en su lanza
al frente de las filas, el lenguaraz avanza
y dicen sus palabras: ¡Oh! jefe castellano,
si a nuestro toqui vences, el bando araucano
volverá a sus montañas, si Antihueno venciera,
nuestra será la plaza, tu gente prisionera.

Apenas tras los montes ornado de arrebol,
como un disco de fuego, se remontaba el sol,

desplegando su manto de púrpura y de oro por los despiertos campos y por el mar sonoro, y en tanto que trepaban sobre la ancha muralla a mirar las mujeres la singular batalla, salieron los guerreros macilentos y pálidos: una veintena apenas en caballos escuálidos y unos cuantos peones. Al extremo formaron del campo de pelea y firmes esperaron. El capitán al frente con su vieja armadura que, reluciente al beso del claro sol, fulgura, las señales aguarda con la visera alzada, embrazado el escudo, la lanza preparada.

En el extremo opuesto se ve al toqui Antihueno esperando el combate con su gesto sereno. Están tras el cacique doscientos mocetones armados de sus lanzas sobre recios bridones; con sus cuerpos desnudos, musculosos y plenos, semejan una tropa de centauros helenos.

El toqui audaz ostenta desnuda la cabeza; su rostro descubierto retrata la entereza

B a j o l a C r u z d e l S u r

de los hijos de Arauco, cuya alma no domada
nunca dobló el halago ni el golpe de la espada:
el rojo trarilonco que le ciñe la frente
es la única defensa de su testa insolente.

Sobre un bridón sin silla lleva sin embarazo,
como los caballeros, un fuerte escudo al brazo,
un escudo mohoso, lleno de hondas estrías
que le hicieron las lanzas en sus cien correrías
después que un viejo toqui lo quitó en Tucapel
a un capitán hispano junto con su corcel.

Como fiel compañera cuyo golpe no falla,
cuelga de su costado su maza de batalla.
Sin ninguna armadura su espalda de gigante
tan sólo va cubierta con un manto flotante
que, cuando el toqui cruza la arena de pelea,
parece a la distancia un cóndor que aletea.

Y cuando la esperada señal los jueces dieron,
a escape ambos jinetes al asalto partieron;

mas erraron los golpes de los fieros lanzones y violentos chocaron de frente los campeones, y bestias y jinetes, sobre las esmeraldas del llano, con el choque tumbáronse de espaldas.

Entre gritos rabiosos e hirvientes chivateos, se alzaron los duelistas, como nuevos Anteos, apenas la llanura con su cuerpo midieron; y mientras los caballos raudamente se irguieron y juntos al galope del campo se alejaron, de pie, con nuevos bríos, los hombres se atacaron.

Cubierto por sus hierros, el español blandía la espada cortadora que al herir parecía un rayo luminoso que estallaba sonante sobre el ferrado escudo del cacique arrogante, que, con su enorme maza claveteada en alto, con el torso encorvado, se lanzaba al asalto. El trarilonco, roto por un golpe violento, se desprendió dejando rojo surco sangriento y goteó la sangre por el rostro y la frente del salvaje como una borbotadora fuente.

B a j o l a C r u z d e l S u r

Con su elástico cuerpo que con destreza suma esquivaba los golpes, semejábese a un puma que, dando vuelta en torno de un potro, se aproxima, atisbando el momento, para saltarle encima; pero siempre del toqui la formidable mano encontraba la punta del hierro castellano que, pronta resbalando sobre el mohoso escudo, abría una herida sobre el pecho desnudo.

Fué un momento grandioso: de súbito el salvaje lanzó lejos su escudo sobre el hollado herbaje; rompió de golpe el broche que el manto le prendía y, en tanto que su insignia de jefe descendía descubriendo su torso, bruscamente empuñaba con sus dos manos libres la vengadora clava.

En actitud de acecho permaneció un instante, como la roja estatua de algún fiero gigante y, alzando roncros gritos en son de desafío, que contestó su hueste con sordo vocerío, volteó el arma, como honda que llevara un peñasco, y la lanzó de golpe sobre el hispano casco.

El choque sobre el hierro repercutió sonante
y, arrojando sus armas, cayó el héroe expirante,
imprimiendo en el blando suelo de la llanura
el molde gigantesco de su ferrea armadura;
mas antes que vivarlo pudieran sus hermanos,
cegado por la sangre, ya exhausto y sin aliento,
cayó también de espaldas sobre un charco sangriento.

Y después que cesaron los gritos y clamores
por la épica muerte de los dos justadores,
los dos bandos contrarios al son de los clarines,
cruzaron silenciosos junto a los paladines,
cuyas fuertes figuras en el pasto tendidas
decían, por las bocas de sus rojas heridas,
que en las heroicas lides de aucas y campeadores
no habría ya vencidos ni habría vencedores,
porque sus bravas razas, sus razas inmortales,
en pujanza y en glorias serían siempre iguales.

SUREÑA

SUREÑA

CLARO el aire, en el ocaso
un brochazo,
fuego y sangre, tiñe el cielo de arrebol.
Coronando la altanera
cordillera,
se destacan las figuras deslumbrantes
de una hilera de gigantes
frente al sol.

Más abajo las sinuosas graderías
de las verdes serranías,
donde cruzan sus ramajes el alerce y el ciprés,
encerrando con los marcos de sus frondas
los cristales de las ondas
de los lagos que se duermen a sus pies.

Fin de tarde. Calla y sueña el agua quieta
entretanto
que en su manto.
azul turquí
con repliegues de violeta,
brilla el sol como un rubí.

Ante el barco que camina
rumbo al monte, la neblina
va ascendiendo la ladera
y a su encuentro, desde la alta cordillera,
baja el águila del Puelche
a rondar sobre el bajel,
y ante el frígido aleteo de su halago,

B a j o l a C r u z d e l S u r

tiembla el lago
y alza el dorso como el lomo de un corcel.

Salta el barco
y se hunde bajo el arco
de las sombras junto al negro farellón,
y, viniendo de las lóbregas entradas,
como un eco a las llamadas
del minúsculo vapor,
van turbando a los medrosos tripulantes
los estruendos resonantes
con que baja algún alud del Tronador.

No son nieves desprendidas
de sus cumbres sempiternas,
sino bestias prehistóricas dormidas
en sus vírgenes cavernas
que, al sentirse sorprendidas
por los pasos de los hombres,
se levantan, esparciendo los pavores de su estrago
y, coléricas y hurañas,

S a m u e l A. L i l l o

precipítanse en tropel dentro del lago
salpicando con su espuma las montañas.

BARCO LOBERO

A los poetas del Archipiélago,

Antonio y Humberto Bórquez Solar

BARCO LOBERO

EN la ensenada de los cantiles
que con sus golpes la ola abrió,
hay un balandro de Punta Arenas
que a cazar lobos al mar salió,
y que cansado de los combates
con las tormentas, como un león
tras de sus triunfos, en la hendidura
de las montañas se recostó.

Aun tiembla de ira su viejo casco
cuando en el colmo de su furor,
alza una ola su testa hirsuta
sobre la comba de algún peñón,
y suelta sobre las mansas aguas,
con el estruendo de una explosión,
su alba melena de inquieta espuma
que el viento agita como un airón.

Quieto está el barco, la mar lo arrulla
y dulcemente lo besa el sol;
arriba el viento las nubes lleva
a sus rediles como un pastor,
y cuando vuelva, listas las velas
que ya conocen el chaparrón,
su entena erguida: la forma un tronco
de alerce joven y cimbrador.
Sus tripulantes: cuatro chilotes
de tez rojiza y ojo nipón:
últimos brotes de aquella exótica
raza que Ercilla también cantó.
Cuerpos pequeños, músculos fuertes
en que se junta todo el vigor

B a j o l a C r u z d e l S u r

de los asaltos y resistencias
de las oleadas y del peñón:
son los chilotes aventureros,
desafiadores del aquilón,
cuyas proezas el mar conoce
del Cabo de Hornos al Ecuador.

Sueltas las velas, el barco sale
de su refugio del litoral;
cruzan las aves el aire frío,
azul el cielo y abierto el mar.
En la llanura de verdes aguas
que el sol reflejan en su cristal,
duermen los monstruos que ayer pelearon
con los chilotes en lid campal;
con su melena de espuma oculta
entre las algas del roquedal,
encogen sólo sus altos lomos
cuando el balandro sobre ellos va.

El barco cruza por archipiélagos,
en cuyas islas el peñascal

dibuja torres de fortaleza
o columnatas de catedral.
Son los parajes maravillosos
en donde un día crepuscular,
eterno alumbra tierras y mares,
como una clara noche lunar.
Albas cascadas dan a los vientos
desde las rocas del litoral,
suelos girones de blanco lienzo
que desde abajo se ven flotar;
mientras arrojan los ventisqueros
trozos de hielo de su caudal,
sobre las olas como gigantes
que apedreasen la faz del mar.

Hechos los ojos de los chilotos
a las tragedias del temporal,
nunca han mirado más hermosuras
que las nevadas y el vendaval:
por eso cruzan indiferentes
el golfo arisco y el suave ondear
de los estrechos y los canales,
la mente fija sólo en su afán.

B a j o l a C r u z d e l S u r

Sobre las olas mansas y graves,
se yergue inmóvil un alcatrás,
llega el balandro y, alzando el vuelo,
como otro barco, también se va
hacia las islas donde los lobos,
a la vislumbre del sol polar,
juntan las notas de sus mugidos
con los clarines del mar austral.

LA TEMBLADERA

LA TEMBLADERA

ES el potro forastero que, en la última invernada,
con la rústica manada
de las hembras se juntó.
Nadie sabe cómo vino
este inquieto peregrino
a las tierras del copihue y del piñón.

Hay arranques de gacela
en los nervios de sus piernas cuando vuela

con sus hembras de los montes al través,
y si un perro o algún hombre se avecina
al lugar de su reposo, sacudiendo la cabeza
noble y fina,
se adelanta con fiereza
de rey moro que pelea por su harem.

Cuando un día los aldeanos,
con esfuerzos sobrehumanos,
consiguieron apartar
de su jefe la manada
y encerrarla tras la fuerte empalizada
del corral,
quedó el potro inquieto y fiero
sobre el puente que atraviesa
los pantanos del estero.
Con el pecho y la cabeza
golpeó
vanamente los tablones
de la puerta que el camino le cerró.

Corrió luego río arriba

B a j o l a C r u z d e l S u r

por la orilla del cercado
contemplando con dolor
en la vega al otro lado,
a la viva claridad de la mañana,
a sus hembras esperando la inhumana
granizada del rebenque trillador;
entre tanto los costeños campesinos, en la era,
sin dar tregua a las fatigas,
al compás de alegre coro
sonador,
recogían con los bieldos las espigas
levantando un monte de oro
que brillaba de esperanza bajo el sol.

No encontrando puerta o vado,
el cuitado
vuelve atrás
y descende hacia la playa,
al paraje donde entra libremente
la corriente
del riachuelo al litoral.

Allí está la tembladera,
honda sima traicionera
que otro tiempo cubrió el mar,
y que hoy llena
viva arena
movediza,
por encima de la cual
se desliza
dulcemente
el estero, que parece un inocente
manantial.

Avisado por su instinto, temeroso y desconfiado,
en la orilla se paró
y al sentir el suelo blando
de la esquiva tembladera,
volvió grupas resoplando
y con rápida carrera,
de la linfa engañadora se alejó.

El relincho de una inquieta compañera
lo contuvo vacilante;

B a j o l a C r u z d e l S u r

luego, dócil a la voz reclamadora,
galopando se volvió,
y, anhelante,
desde el margen de la grieta acechadora,
la manada de sus hembras contempló.

Con la crin ondeante al viento,
sudoriento,
se detuvo recordando los enormes,
raudos saltos que antes diera en el boscal,
cuando iba persiguiendo las potrancas
por quebradas y barrancas
impelido por su ardor primaveral.

Con el cuerpo estremecido
de un pavor desconocido,
en las aguas silenciosas olfateó;
mas de súbito, rompiendo las cadenas
de sus miedos, en las húmedas arenas
se afirmó,
y elevándose en las manos un instante
con el cuello distendido,

S a m u e l A. L i l l o

semejante

a un felino gigantesco, sobre el cauce se lanzó.

Con la fuerza de su anhelo
y su empuje colosal,
tocó el borde del riachuelo
con sus cascos, un segundo
su cabeza se irguió fuera
del raudal;

pero el monstruo de la arena que dormía
en sus grutas misteriosas
como enorme calamar,
lo hundió, envuelto entre la fría
red de ávidas ventosas,
bajo el pálido cristal.

Y al sumirse en la profunda
hendidura inesperada
su cabeza señorial,
un relincho de la bestia moribunda
cual la última llamada,

B a j o l a C r u z d e l S u r

sacudió con su angustiosa clarinada
la quietud del arenal.

Al oírlo, las gaviotas espantadas
del estero se alejaron
rumbo al mar,
y las hembras encerradas
se agitaron
relinchando en el corral.

De repente,
una de ellas, con sus cascos delanteros
apoyados en la cerca de tranqueros,
levantando la cabeza por encima del tropel,
dió a los vientos un gemido
dolorido
como un llanto de mujer.

Ya está el sol en su luz plena;
la faena
va a empezar;
por los látigos golpeadas
van las hembras resignadas

S a m u e l A. L i l l o

en la era
a galopar;
en alígeras bandadas
otra vez en la ribera
juguetean las gaviotas, y hacia el mar,
como siempre, mansamente,
se desliza por la arena el transparente
manantial.

NOTAS

AUCAS.—Nombre que los cronistas daban a los indios chilenos rebeldes.

BOROANA.—Mujer natural de Boroa, región indígena que se halla al S. del Cautín, frente a Nueva Imperial.

COIGÜE.—Arbol chileno del sur, semejante al roble, muy alto.

CULTRUN.—Tambor araucano.

CHAMAL.—Prenda del vestido araucano que consiste en una tira ancha que envuelve el cuerpo. En las mujeres empieza debajo de los brazos, y en los hombres, en la cintura. Estos últimos lo convierten en chiripá, pasando las puntas por entre las piernas y recogiénolas con un cinturón.

CHEQUEN.—Arbusto mirtáceo medicinal.—Arrayán Dic. Lenz. Pág. 272.

S a m u e l A. L i l l o

CHOROY.—Loro pequeño, cata.

CHUCAO.—Nombre de un pájaro cuyo grito estridente y repentino se considera de bueno o de mal agüero entre los campesinos del sur.

HUINCA.—Nombre que los indios dieron a los españoles.

HUIÑA.—Nombre vulgar del gato montés. Dic. etimológico de voces chilenas. Lenz. Pág. 406.

HUILLÍN.—Una especie de nutria chilena.

LIUTO.—Planta silvestre que da una hermosa flor de color anaranjado semejante a una azucena sencilla y que además produce unos tubérculos blancos de los que se extrae una fécula.

MAPUCHES.—Nombre de los indios de Chile. Viene de *mapu* tierra y *che* hombre. Hombres de la tierra.

MURTILLA.—Llamada también murta. Es un arbusto muy abundante en el S. de Chile y que da una pequeña fruta roja muy olorosa.

ONAS.—Una de las tribus de indios fueguinos.

PUEBLA.—Nombre criollo que en el S. se da al terreno que el patrón da a un inquilino para que viva en la hacienda.

PELLÍN.—Nombre indígena del roble chileno. También se llama especialmente así el corazón del roble, que es muy duro.

PILLAN.—El diablo. Tiene además otros significados en mapuche. Solían llamar también así al trueno y al rayo, y aún a los es-

B a j o l a C r u z d e l S u r

pañoles los indios de algunas regiones los denominaban pillanes. Pillanes eran en algunas tribus las almas separadas de los cuerpos y así había pillanes buenos y malos.

PEHUEN.—Nombre indígena de la Araucaria.

QUILAS.—Especie de gramínea ramosa parecida a los colihues que en vez de crecer como ellos, se enmaraña en forma tal que impide con sus cruzamientos el paso de los animales. Abunda de ordinario en los parajes húmedos. Creen los campesinos que las quilas florecen sólo para anunciar grandes calamidades.

RUCA.—Choza araucana.

TONINA.—Nombre vulgar de una clase de delfines que viven en las costas australes de Chile.

TRARILONCO.—Faja de lana de diversos colores con que se adornaban la frente los araucanos, hombres y mujeres.

TRUTRUCA.—Especie de trompeta araucana muy larga hecha de un colihue.

ULMEN.—Jefe, sinónimo de cacique o toqui.

ULMO.—Arbol del sur de Chile que da una flor blanca.

ÍNDICE

	<u>Págs.</u>
Los perros del mar	9
El trofeo.	23
En los mares australes..	33
La boroana....	41
La hazaña del cachorro,	47
En la tierra de los volcanes..	57
El roce... ..	71
La huiña.	79
El Villagrán... ..	87
Marina... ..	95
El lago Llanquihue	101
El cerco de los buitres..	107

S a m u e l A . L i l l o

	<u>Págs.</u>
Las toninas....	115
El presente del Dios.	123
La ruca. .	131
Añoranzas.	139
El pehuén.	145
Justa heroica..	151
Sureña...	161
Barco lobero..	167
La tembladera	175
Notas.	183